

causarían los franceses, que por cierto devastaban en aquella época mucho menos que los imperiales los campos cultivados de la malhadada Alemania.

El ejército imperial de Suabia, incluso todos sus auxiliares referidos, ascendía á unos ciento cincuenta mil hombres, de los cuales treinta mil guarnecían las plazas, y ciento treinta mil formaban el ejército de operaciones. Fortalecía á éste una numerosa artillería, de buena calidad aunque inferior á la artillería francesa, y sobre todo una caballería flamante, como es costumbre que haya siempre en los ejércitos austriacos. Tenía además el emperador ciento veinte mil hombres en Lombardía al mando del barón de Melas. Las flotas inglesas, reunidas en el Mediterráneo en considerable número, y cruzando sin cesar el golfo de Génova, sostenían todas las operaciones de los austriacos en Italia. En ellas debía llegarles un cuerpo auxiliar de ingleses y de emigrados reunidos en Mahón, que, según se decía, llegaba á veinte mil hombres. Convínose en que este cuerpo desembarcaría en el mismo Tolón, en caso de que el ejército imperial encargado de maniobrar contra el Apenino consiguiese traspasar la línea del Var.

Hubo esperanzas de juntar algunas tropas rusas con otras tropas inglesas y tenerlas dispuestas en las costas de Francia para suscitar levantamientos en Bélgica, en la Bretaña y en la Vendée. La inacción puramente voluntaria de los rusos y la pacificación de la Vendée dejaron fallida aquella combinación en que los aliados tenían grandes esperanzas.

La guerra contra Francia iba, pues, á emprenderse con un ejército de unos trescientos mil hombres, poco más ó menos; ciento cincuenta mil en la Suabia, ciento veinte mil en Italia y veinte mil en Mahón auxiliados por toda la marina inglesa. Esta fuerza, que sin disputa hubiera sido insuficiente contra la Francia ya reorganizada y pudiendo disponer de todos sus medios, contra la Francia libre apenas del caos en que la sumió la debilidad del Directorio, era una fuerza considerable con la cual hubieran podido lograrse grandes resultados si se la hubiera sabido emplear mejor. Y hay que añadir que era una fuerza real y positiva sujeta á sufrir muy pocas bajas, porque los trescientos mil hombres de que se componía estaban avezados á la fatiga, y ocupaban las fronteras mismas que habían de atacar; circunstancia muy importante en razón á que todo ejército poco experimentado resiste con dificultad los primeros reveses de la guerra, y si además tiene que caminar mucho para ir á combatir, va menguando en proporción á las distancias que recorre.

Veamos ahora la distribución de las tropas coligadas y el plan de sus futuras maniobras.

Mr. de Kray, puesto al frente de ciento cincuenta mil hombres, ocupaba la Suabia en la mitad del ángulo que forma el Rin en aquella región, cuando después de correr de Levante á Poniente entre Constanza y Basilea retrocede repentinamente dirigiéndose al Norte entre Basilea y Estrasburgo. En esta situación, teniendo á su lado izquierdo la Suiza y al lado derecho la Alsacia, observaba Mr. de Kray todos los pasos del Rin por donde podían los ejércitos franceses penetrar en Alemania. No tenía la pretensión de atravesar aquel río para hacer una incursión en el suelo de la república; su papel para el principio de la campaña había de ser

menos activo. La iniciativa en las operaciones estaba reservada al ejército de Italia, cuya masa ascendía á ciento veinte mil hombres, el cual de resultas de las ventajas conseguidas en 1799 se hallaba adelantado hasta las faldas del Apenino. Debía éste bloquear á Génova, tomarla si era posible, cruzar luego el Apenino y el Var y presentarse sobre Tolón, donde los ingleses y los emigrados del Mediodía, dirigidos por el general Villot, proscrito en el cambio de fructidor, debían juntarse con los austriacos. No dejaba de agrandar á los ingleses el proyecto de una nueva invasión por la provincia de Francia donde estaba situado nuestro primer establecimiento marítimo, y á ellos debe atribuirse en gran parte un plan que tan descabellado pareció después. Suponíase que cuando el ejército austriaco de Italia, que merced al clima de la Liguria podía entrar en campaña antes que el de Suabia hubiese penetrado en la Provenza, el primer cónsul abandonaría el Rin para proteger el Var, pudiendo entonces el mariscal de Kray entrar en acción. La Suiza, inundada de aquella manera y ahogada por decirlo así entre dos ejércitos vencedores, no podría menos de someterse sin que fuera preciso renovar contra ella los impotentes esfuerzos de la campaña precedente. Las hazañas de Lecourbe y de Massena en los Alpes habían quitado á los austriacos la gana de emprender nuevamente operaciones de importancia contra la Suiza. Con respecto á este país, proponíase el emperador limitarse á un mero plan de observaciones. Igual plan debían seguir en la Suabia el ala izquierda del mariscal de Kray y en la Lombardía la caballería del barón de Melas, inútil ya en el Apenino. Consistía, pues, el plan de los austriacos en permanecer pasivos en la Suabia, maniobrar sin demora en Italia, adelantarse por aquel lado hasta el Var, y después, así que los franceses atraídos hacia este punto desamparasen el Rin, atravesar este río, adelantarse entonces en dos masas, la una hacia el Este por Basilea y la otra hacia el Mediodía por Niza, y salvar de ese modo, sin atacarla, la formidable barrera de la Suiza.

Los hombres entendidos en operaciones militares han vituperado mucho que el Austria abandonase la Suiza, por cuanto permitió al general Bonaparte precipitarse por ella sobre el flanco del mariscal de Kray, y acometer por la espalda al barón de Melas. Nosotros creemos, y la relación de los hechos lo confirmará muy en breve, que no era posible establecer un plan enteramente seguro en presencia del general Bonaparte y con el inconveniente irreparable de hallarse Suiza en poder de los franceses.

Para comprender bien aquella memorable campaña y juzgar con imparcialidad sobre las determinaciones de las partes beligerantes, es preciso representarse exactamente la posición de Suiza y la influencia que ésta debía producir en las operaciones militares, especialmente en la situación á que éstas habían llegado.

Hacia las fronteras orientales de Francia comienzan los Alpes á descollar en medio del continente europeo; prolónganse después al Este separando la Alemania de la Italia, vertiendo por un lado el Danubio y demás ríos confluente, y por el otro el Po con todos los ramales que forman su gran caudal. La parte de los Alpes más cercana á Francia es la que forma Suiza; su prolongación forma el Tirol, que hace siglos pertenece al Austria.

Cuando los ejércitos austriacos se adelantan hacia Francia necesitan atravesar por un lado el valle del Danubio y por el otro el valle del Po, separados en dos masas de operaciones por la extensa cordillera de los Alpes. Estas dos masas, mientras no salen de la Baviera y de la Lombardia, pueden comunicarse en el Tirol, que pertenece al emperador, por entre aquellas montañas; pero llegando á la Suabia por el alto Danubio y al Piamonte por el Po superior están separadas una de otra por los Alpes, y no hay comunicación posible entre ellas porque la Suiza neutral é independiente les es inaccesible.

Esta neutralidad de Suiza es un obstáculo que la política europea ha puesto sabiamente entre Francia y Austria para disminuir los puntos de ataque entre estas dos formidables potencias. En efecto, si la Suiza queda abierta al Austria, puede ésta adelantarse con sus ejércitos atravesando libremente del valle del Danubio al valle del Po, y amagar á las fronteras francesas desde Basilea hasta Niza. Para Francia el peligro es inmenso, porque entonces tiene que estar guarnecida por todas partes desde la desembocadura del Rin hasta la del Ródano; al paso que quedando cerrados los Alpes suizos puede reconcentrar todas sus fuerzas hacia el Rin, sin curarse de los ataques que pueden venirle del Mediodía, porque saben los imperiales que una operación sobre el Var no produce buen resultado por causa de lo mucho que hay que rodear. La neutralidad suiza es, pues, una gran ventaja para Francia.

Pero no lo es menos para Austria, y aun quizá es superior. En efecto, si Suiza es el teatro de las hostilidades, el ejército francés puede ser el primero que se apodera de ella, y tiene grandes probabilidades de conservarla por la agilidad, perspicacia y valor que distingue á sus peones, tan dispuestos para la guerra de las montañas como para el combate en la llanura. La prueba está en la campaña de 1799; y es evidente, porque si se atacan los Alpes por la gran cordillera del lado de Italia, el ejército francés puede oponer la misma resistencia que Lecourbe opuso á Suwarow en las gargantas del San Gotardo, y si se les ataca por el lado de Alemania hacia la parte baja, opone, defendida por los lagos y los ríos, la resistencia que opuso Massena protegido por el lago de Zurich y que terminó con la memorable batalla de este nombre. Una vez dueño el ejército francés de Suiza, su posición es verdaderamente formidable y amenazadora, y puede aprovecharse de ella para lograr resultados extraordinarios, como vamos á ver en breve refiriendo las operaciones del general Bonaparte.

Los dos ejércitos austriacos, situados el uno en Suabia y el otro en el Piamonte, separados por las montañas de Suiza, están en completa incomunicación, y los franceses pueden hacer irrupción, ya sobre el flanco del ejército de Suabia por el lago de Constanza, ya sobre la espalda del ejército de Italia por el lado de los grandes Alpes. Cualquiera que sea el plan que se adopte, es imposible evitar este peligro, á menos de desandar cincuenta leguas, retrocediendo por un lado á Baviera y por el otro á Lombardía.

Era, pues, indispensable que los austriacos tomasen uno de estos tres partidos: ó que renunciando á las ventajas de la última campaña nos abandonasen á un

mismo tiempo la Suabia y el Piamonte; ó que negándose á hacer este sacrificio intentasen apoderarse de Suiza con una acción importante, lo cual no podía salirles bien, porque equivalía á acometer de frente un obstáculo casi insuperable que ya antes los había dejado escarmentados; ó finalmente, que se dividiesen en dos grandes ejércitos, que fué lo que hicieron, separados por la Suiza que quedaba á sus flancos y á su espalda. Verdad es que, adoptando este último partido, hubieran podido disminuir mucho uno de los ejércitos para aumentar el otro, y dejar por ejemplo al barón de Melas la fuerza absolutamente precisa para repeler á Massena, dando doscientos mil hombres al ejército de Suabia; ó hacer lo contrario, reuniendo sus principales fuerzas en el Piamonte. Pero lo uno equivalía á entregar la Italia, esa Italia que era el único objeto y el premio tan ambicionado de la guerra; y el otro era abandonar el Rin, la Selva Negra y el nacimiento del Danubio sin resistencia, acelerando en proporción la llegada de los franceses hasta Viena; ambas cosas finalmente eran darnos ventaja á nosotros, porque empleando doscientos mil hombres en uno de los dos ejércitos, se daba la victoria á la potencia que tuviese al general Bonaparte de su lado. Era en efecto este general el único que á la sazón pudiera dirigir una masa de doscientos mil hombres.

No había, pues, plan ninguno enteramente seguro por parte del Austria, siendo los franceses dueños de la Suiza, lo cual, sea dicho de paso, prueba que la neutralidad suiza es una excelente invención en favor de las dos potencias. Esta neutralidad, en efecto, aumenta sus medios defensivos, disminuyendo los ofensivos; es decir, que les hace ganar en seguridad todo lo que les quita en poder agresivo. No podría hacerse más en beneficio de la paz general.

Los austriacos, pues, no tenían muchos partidos en que escoger, y á pesar de todo cuanto se ha dicho, adoptaron el único posible quizás, decidiéndose á permanecer inactivos en la Suabia y á maniobrar con toda premura en Italia, quedando separados por la barrera de la Suiza que no les era dado hacer desaparecer. Había, sin embargo, en semejante posición varios modos de obrar, y es preciso reconocer que no echaron mano del mejor, y que ni siquiera supieron prever ninguno de los peligros que les amenazaban. Obstnados en creer que los ejércitos franceses padecían una especie de consunción; ajenos de pensar que el de Alemania fuese capaz de tomar la ofensiva y de pasar el Rin á vista de ciento cincuenta mil austriacos acampados en la Selva Negra; más ajenos todavía de que se pudiesen salvar los Alpes, no habiendo camino y en la estación de las nieves, y sin prever, por otra parte, que el tercer ejército podría hallarse dispuesto á atravesarlos, se entregaron á una confianza que les salió muy cara. Preciso es reconocer también, para ser justos, que muchos se hubieran dejado engañar como ellos, porque su seguridad estribaba en obstáculos aparentemente invencibles; pero pronto les enseñó la experiencia que para un adversario como el general Bonaparte, toda seguridad, aun consistiendo en barreras insuperables, ríos ó montañas de hielo, era falaz y podía ser mortal.

Tenía Francia dos ejércitos, el de Alemania, que con la reunión de las tropas del Rin y de la Helvecia as-

cedía á ciento treinta mil hombres; y el de la Liguria, reducido á cuarenta mil todo lo más. Las tropas esparcidas de la Holanda, de la Vendée y del interior, aunque lejanas, podrían llegar á componer un tercer ejército, pero sólo un talento administrativo superior era capaz de formarle á tiempo, y sobre todo de improvisar, en el punto donde era necesaria su presencia. Imaginó el general Bonaparte emplear aquellos diversos cuerpos del modo siguiente.

Massena, con el ejército de la Liguria, socorrido solamente con víveres y municiones, pero no aumentado, recibió orden de permanecer sobre el Apenino, entre Génova y Niza, apostado para una resistencia como la de las Termópilas. El ejército en Alemania, al mando de Moreau, reforzado cuanto fuese posible, debía hacer en toda la ribera del Rhin, desde Estrasburgo á Basilea, y desde Basilea á Constanza, falsas demostraciones de quererlo atravesar, marchar después rápidamente por detrás de las colinas que forman su orilla, subir por él hasta Schaffhouse, echar allí cuatro puentes á la vez, caer en masa sobre el ala del mariscal de Kray, sorprenderle, perseguirle en desorden hasta el alto Danubio, superarle en velocidad si era posible, cortarle la ruta de Viena, envolverle quizá y causar en él una de esas derrotas memorables de que hemos visto varios ejemplos en este siglo. Si no conseguía el ejército de Moreau tamaña dicha, podía por lo menos acorrallar á las tropas de Kray en Ulm y Ratisbona, obligarlas á bajar el Danubio y desviarlas de los Alpes, de modo que no pudieran enviar á éstos el menor socorro; hecho lo cual tenía orden de destacar su ala derecha hacia Suiza para cooperar en la peligrosa operación que se reservaba el general Bonaparte. El tercer ejército, llamado de reserva, cuyos elementos apenas existían, debía acampar entre Ginebra y Dijón, y esperar allí el resultado de los primeros sucesos, dispuesto á socorrer á Moreau en caso necesario. Pero en caso de que Moreau hubiese logrado su intento, ó parte de él, dicho ejército de reserva, pasando con el general Bonaparte á Ginebra y desde allí al Valais, dando la mano al destacamento del ejército de Alemania, y atravesando en seguida los hielos y los ventisqueros del monte de San Bernardo, obscureciendo la fama de la prodigiosa empresa de Aníbal, debía caer sobre el Piamonte, sorprender por la espalda al barón de Melas entretenido delante de Génova, envolverle, empeñarle en una batalla decisiva, y obligarle, si la ganaba, á rendir sus armas á discreción.

Si la ejecución correspondía á semejante plan, ¿qué pensamiento más grande y atrevido podía jamás cubrir de mayor gloria el genio de guerrero ninguno de los tiempos antiguos ó modernos? Pero sólo de la ejecución depende la prez de las grandes combinaciones militares, porque sin ella no son más que vanas quimeras.

La ejecución ahora pendía de un sinnúmero de dificultades que era preciso vencer: de la reorganización de los ejércitos del Rhin y de la Liguria, de la formación del ejército de reserva, del secreto de su formación y objeto, y, finalmente, del doble paso del Rhin y de los Alpes; igual este último á los proyectos más extraordinarios que pudo jamás intentar el arte de la guerra (1).

(1) Parece que Mr. Thiers exagera demasiado la grandeza del proyecto de atravesar el San Bernardo; ya antes le pinta como

El primer cuidado del general Bonaparte fué el alistamiento del ejército. Las deserciones en el interior, las enfermedades y la guerra habíanle reducido á doscientos cincuenta mil hombres, lo cual parecería casi increíble en el momento de estar haciendo frente á una coalición general si no lo atestiguaran verídicos documentos. Por fortuna esos doscientos cincuenta mil hombres eran todos aguerridos y capaces de luchar contra un enemigo de doble fuerza. Pidió el primer cónsul al cuerpo legislativo cien mil quintos, que le fueron otorgados con eficacia verdaderamente patriótica; porque era la guerra tan legítima, tan necesaria á los ojos de todos, después de la repulsa hecha á los ofrecimientos de paz, que se hubiera juzgado criminal la menor irresolución en concederlos. No era ésta de temer en verdad, y así el cuerpo legislativo como el tribuno desplegaron en dicha concesión verdadero entusiasmo. Los cien mil bisoños, combinados con los doscientos cincuenta mil veteranos, no podían menos de formar un ejército excelente. Los prefectos recientemente instituidos y residentes ya en sus respectivos puntos fomentaban el alistamiento con una actividad hasta entonces desconocida; pero no podían los quintos ser dados de alta en sus cuerpos ni convenientemente instruidos antes de cinco ó seis meses, por lo cual tomó el primer cónsul el partido de dejar para el interior los cuerpos inutilizados para la guerra, y emplearlos como regimientos de planta, en los cuales hizo ingresar á los nuevos reclutas. Envió al mismo tiempo á la frontera los cuerpos aptos para entrar en campaña, teniendo cuidado de distribuir en las filas de los que iban á combatir todos los soldados útiles de los regimientos que habían de permanecer en el interior. Difícil le era, aun haciéndolo así, reunir doscientos mil hombres en pie de guerra, pero bastaba por de pronto ese número para su mano hábil y poderosa.

Hizo al mismo tiempo un llamamiento general á los sentimientos patrióticos de Francia. Dirigiéndose á los soldados de las primeras conscripciones, á quienes el desaliento general producido por nuestros reveses había hecho volver á sus hogares, hizo tomar nuevamente las armas por fuerza á los que se habían retirado sin licencias y procuró aguijonear el celo de los que habían obtenido sus licencias en regla. Procuró excitar el amor á la milicia en la juventud, cuya imaginación inflamaba el solo nombre del general Bonaparte, y aunque el entusiasmo de los primeros días de la revolución había decaído notablemente, el aspecto del enemigo en nuestras fronteras volvía á enardecer los corazones, y no era de despreciar el auxilio que podía prestar aún el celo de los voluntarios.

A estos arbitrios para el alistamiento agregó el primer cónsul algunas reformas útiles para la administra-

*casi imposible.* La verdad es que el monte San Bernardo fué constantemente, desde los tiempos antiguos hasta que se construyó la ruta del Simplón, la senda más conocida y frecuentada en toda la cordillera; que no sólo Aníbal y César la hollaron con sus legiones, sino que también la atravesaron en la Edad Media hordas enteras de invasores y ejércitos numerosos de peregrinos. Los Alpes fueron en todo tiempo teatro de campañas, y bajo los reinados de Luis XIII y Luis XIV no se juzgó por cierto como empresa portentosa y digna de eclipsar cualquiera otra gloria el trepar con la artillería á la región de las nieves seculares para invadir el Milanesado y el Piamonte. (N. del T.)

ción y composición del ejército. Creó primeramente inspectores de revista, encargados de formar los estados de la fuerza efectiva para que el tesoro no pagase más soldados que los que realmente constasen en las listas. Hizo en la artillería una reforma de grande importancia: conducía esta arma á la sazón carruajeros pertenecientes á compañías particulares de transporte, los cuales, extraños al sentimiento del honor común á los demás soldados, cortaban al primer peligro los tiros de los trenes y huían con su ganado dejando los cañones en poder del enemigo. Juzgó el primer cónsul que corriendo el conductor encargado de llevar la pieza al punto del combate el mismo peligro que el artillero destinado á hacer uso de ella, y haciendo un servicio igual por lo menos al de éste, era preciso estimularle con el mismo móvil moral del honor, y en atención á esto convirtió á los carruajeros de artillería en verdaderos soldados, revestidos con el mismo uniforme, formando parte de los regimientos de dicha arma. Resultaban de esta reforma otros diez ó doce mil soldados montados, que habían de emplear en conducir sus piezas al frente del enemigo ó en libertarlas á tiempo el mismo celo que podían desplegar en cargarlas, apuntar y dispararlas los demás artilleros que las servían; pero sólo con el tiempo podían palpase los inmensos resultados de este naciente sistema.

La artillería y la caballería necesitaban además caballos. No tenía el primer cónsul ni tiempo ni medios para comprarlos, y mandó hacer una requisita extraordinaria de un caballo por cada treinta de todo el país: la medida era dura, pero imprescindible. Debían los ejércitos irse surtiendo primeramente de los más inmediatos, y después por grados de las provincias cercanas.

Había enviado el primer cónsul á Massena los fondos de que podía disponer para socorrer al desgraciado ejército de la Liguria. De los sesenta mil hombres de que se componía con la reunión de los ejércitos después del sangriento combate del Trebbia, estaba reducido por la miseria á cuarenta mil hombres á lo más, de los cuales sólo unos treinta y tantos mil podían entrar en batalla. El grano, que no podía llegar del Piamonte ocupado por los austriacos ni por la mar ocupada por los ingleses, escaseaba mucho. Aquellos infelices soldados no tenían más alimento que lo que requisaban en el Apenino, cuyos frutos, como nadie ignora, son insípidos y de poca nutrición. No querían albergarse en los hospitales porque faltaban en ellos los alimentos de primera necesidad, y andaban diseminados por los caminos de Niza á Génova, devorados por el hambre y la fiebre, presentando uno de los más dolorosos espectáculos, que es el del valor abandonado á la miseria y á la muerte por la misma patria que le produjo.

Socorrido Massena con los fondos enviados por el gobierno, hizo en Marsella algunas compras, adquirió todo el grano que había en ella y lo remesó á Génova. Desgraciadamente en aquel invierno los vientos, tan contrarios como el enemigo, dificultaban la llegada de los buques de Marsella á Génova y equivalían en cierto modo al bloqueo que los ingleses no podían continuar durante la mala estación. Pudieron llegar sin embargo algunos cargamentos, y volvieron á tener pan las tropas de la Liguria, abastecidas ya de armas, zapatos, parte del vestuario y sobre todo de esperanzas. En cuanto á

la energía militar, nada era preciso hacer para inspirársela, porque jamás había visto Francia á sus soldados sufrir con mayor firmeza mayores reveses. Habían soportado sin vacilar aquellos vencedores de Castiglione, de Arcola y de Rívoli, las derrotas de Cassano, de Novi y del Trebbia; contra su indomable constancia nada podían los golpes de la adversa fortuna; además la presencia del general Bonaparte al frente del gobierno y del general Massena á la cabeza del ejército les hubiera fortalecido nuevamente el corazón si hubiera sido menester. Bastaba alimentarlos, vestirlos y darles armas para sacar de ellos los más grandes servicios; pero por lo tocante á eso se hizo cuanto se pudo. Restableció Massena con algunos actos de severidad la disciplina estragada entre ellos, y reunió treinta y tantos mil hombres impacientes de hollar bajo sus órdenes el camino de la fértil Italia.

Prescribióle el primer cónsul una conducta hábilmente concebida. Tres pasos estrechos conducían, atravesando el Apenino, de la vertiente continental á la vertiente marítima, á saber: el de la Bocchetta que correspondía con Génova, el de Cadibona que correspondía con Savona y el de Tenda que venía á parar á Niza. Encargó el primer cónsul á Massena que no dejase sino pequeños destacamentos en los collados de Tenda y de Cadibona, lo necesario solamente para observarlos, y reconcentrarse sobre Génova con veinticinco ó treinta mil hombres. La guarnición de esta ciudad era numerosa y la invasión del Mediodía de la Francia era poco de presumir y á todo evento poco de temer, porque los austriacos no serían tan temerarios que se adelantasen atravesando el Var hacia Tolón y la desembocadura del Ródano, dejando á Massena á sus espaldas. Podía éste por otra parte caer en tal caso con treinta mil hombres reunidos sobre los cuerpos que hubiesen cruzado los desfiladeros del Apenino, y atendida la naturaleza de aquellos lugares angostos y escarpados, era difícil que su encuentro se verificase con una masa de treinta mil hombres. Tenía, pues, medios para hacer frente por todas partes al enemigo. Este plan excelente no era realizable por desgracia sino por un general que tuviese la poderosa destreza del vencedor de Montenotte. Estaba por lo demás seguro el primer cónsul de que tenía en Massena un defensor obstinado de las alturas del Apenino, que daría al barón de Melas ocupaciones que le hiciesen permanecer en la Liguria todo el tiempo necesario para las sabias combinaciones del plan de campaña.

Preciso es decir, sin embargo, que se trataba al ejército de la Liguria en cierto modo como cuerpo sacrificado: ni se le dió un hombre más, ni cosa alguna en cuanto al material que no fuese estrictamente necesaria. A otra parte se enderezaban los principales esfuerzos del gobierno, porque las grandes maniobras habían de tener otro teatro. El ejército de la Liguria estaba expuesto á perecer para que tuviesen otros el tiempo de ser vencedores: dura fatalidad de la guerra que amaga, ya á unas, ya á otras cabezas, obligando á éstos á morir para que aquéllos vivan y triunfen.

El ejército tratado con más particular solicitud era el destinado á maniobrar en Suabia bajo las órdenes de Moreau. Se le envió todo lo que se pudo, tanto en hombres como en socorros materiales; hicieron los más

grandes esfuerzos para proporcionarle una artillería completa y grandes medios para que pudiese atravesar el Rin de impróvisito y, si era posible, por un solo punto. El general Moreau, de quien se ha dicho que se mostraba el primer cónsul celoso, iba, pues, á tener bajo su mando el ejército más rozagante y numeroso de la república, compuesto de unos ciento treinta mil hombres, al paso que á Massena sólo se le concedían treinta y seis mil, y el primer cónsul se reservaba cuarenta mil á lo sumo. No era aquélla en verdad una vana lisonja hecha al orgullo de Moreau; motivos más serios habían determinado esa distribución de fuerzas. La operación destinada á repeler al mariscal de Kray hacia Ulm y Ratisbona era de la mayor importancia para el éxito general de la campaña, porque teniendo al frente los dos poderosos ejércitos austriacos que avanzaban hacia nuestras fronteras, era indispensable primeramente alejar al uno para poder atravesar los Alpes á la espalda del otro. Esta primera operación era preciso intentarla con medios decisivos que hiciesen su resultado infalible. El primer cónsul, si bien apreciaba á Moreau en su justo valor, se estimaba en más á sí mismo, y en caso de ser necesario que uno de los dos careciese de grandes medios, juzgaba que mejor podría él que Moreau pasarse sin ellos. El sentimiento que en esta ocasión le dirigía era el amor á la cosa pública, preferible á la virtud misma de la generosidad cuando median los intereses del Estado, y mucho más todavía á todo interés privado, propio ó ajeno.

El ejército del Rin, aunque llevaba como todos los otros ejércitos de la república los harapos de la miseria, era verdaderamente un ejército soberbio. Agregáronse algunos quintos, pero en corto número, lo necesario meramente para rejuvenecerle; su inmensa mayoría se componía de aquellos soldados veteranos que á las órdenes de Pichegrú, Kléber, Hoche y Moreau conquistaron la Holanda y las orillas del Rin y atravesaron muchas veces este río adelantándose hasta el mismo Danubio. No se hubiera podido decir sin injusticia que eran más valientes que los del ejército de Italia, pero ostentaban todas las cualidades de las tropas más completas, la prudencia, la sobriedad, la disciplina, la instrucción y la intrepidez, y los jefes eran dignos de los soldados. La formación de este ejército en divisiones destacadas, completas en todas armas y obrando por cuerpos separados, había desarrollado hasta el más alto punto los talentos de los generales de división. Estos generales de división tenían méritos iguales aunque de índole diversa; distinguíanse: Lecourbe, el más entendido de los oficiales de su época en la guerra de las montañas, y cuyo nombre glorioso repetían los ecos de los Alpes; Richepanse, que reunía á un valor casi temerario una comprensión privilegiada y que hizo en breve á Moreau en los campos de Hohenlinden el servicio mayor que prestó jamás un lugarteniente á su general; Saint-Cyr, hombre de ánimo sereno, grave, de carácter poco sociable, pero dotado de todas las cualidades de un verdadero general en jefe; finalmente, el joven Ney, á quien un valor heroico dirigido por el más feliz instinto de la guerra había hecho popular en todos los ejércitos de la república. A la cabeza de estos lugartenientes estaba Moreau, de carácter flemático, indeciso á veces, pero de comprensión segura y cuyas indecisiones solían ter-

minar en resoluciones enérgicas y acertadas, hallándose al frente del peligro. La experiencia había amaestrado y dado gran perspicacia á su ojo militar; pero mientras su genio guerrero tomaba ensanche y crecía diariamente á prueba de combates, su carácter como hombre civil, débil y sujeto á todo género de influencias, había sucumbido ya, y debía sucumbir nuevamente á las pruebas de la política, contra las cuales sólo prevalecen los ánimos verdaderamente fuertes y los talentos privilegiados. La malhadada pasión de la envidia no había aún mancillado la pureza de su corazón ni corrompido su patriotismo; su experiencia, su práctica en el mando, su bien merecida reputación hacían que después del general Bonaparte fuese él el único general capaz á la sazón de guiar á cien mil hombres al combate.

El plan de detalle que le trazó el primer cónsul consistía en desembocar á la Suabia por el punto más favorable, para caer sobre la extremidad del ala izquierda del mariscal de Kray, adelantarse á él, incomunicarle con la Baviera y encerrarle entre el alto Danubio y el Rin, en cuyo caso el ejército austriaco de Suabia estaba perdido. Para conseguirlo había que pasar el Rin, no por dos ó tres puntos, sino por uno solo y lo más cerca posible de Constanza; operación sobre manera temeraria y difícil, porque se trataba de poner al otro lado de un río y á vista del enemigo cien mil hombres á la vez, con todo su material de guerra; y es preciso confesar que antes de Wagram ningún general había pasado un río con tal conjunto y resolución. Era menester, pues, gran destreza para engañar á los austriacos acerca del punto elegido para atravesarle, mucha destreza y mucha audacia al verificar el paso, y por fin buena fortuna, sin la cual en ninguna ocasión se obtienen resultados. Mandó el primer cónsul reunir en las confluencias del Rin, y especialmente en la del Aar, considerable número de barcas para echar tres ó cuatro puentes á la vez, á distancia de unas cien toesas unos de otros. Sólo faltaba que se penetrase bien de aquellas combinaciones el ánimo naturalmente frío y poco arriesgado de Moreau.

Después de atender con tanto celo y solicitud á las tropas de la Liguria y de Alemania, se dedicó el primer cónsul á sacar de la nada un ejército que con el nombre de ejército de reserva había de llevar á cabo en breve las más grandes empresas.

Para que cumplierse con su objeto era preciso, no sólo formarle, sino hacerlo sin que nadie creyese que se formaba: veamos de qué manera logró este doble resultado.

Había sabido encontrar el primer cónsul en Holanda y en las fuerzas acumuladas en París por el Directorio los medios de pacificar la Vendée en tiempo oportuno, y supo ahora encontrar en la Vendée pacificada los recursos necesarios para crear un ejército que, apareciendo de improviso en el teatro de las operaciones militares, cambiase la suerte de la campaña. Escribiendo al general Brune que mandaba en jefe en el Oeste, dirigiale estas palabras memorables, que tan bien expresaban su modo de obrar y el de los grandes maestros en el arte de la administración y de la guerra: «Dígame usted si fuera de las cinco medias brigadas que le he pedido por el último correo puede usted aún disponer de una ó dos medias brigadas que le devolveré dentro

de tres meses. *Es preciso resolernos á medir la Francia á palmos como hicimos con el valle del Adige; toda la diferencia está en hacer en diez días lo que entonces hicimos en uno.*» (14 Ventoso del año VIII, 5 de marzo de 1800. Archivo de la secretaría de Estado.)

Aunque los ingleses debían estar escarmentados de sus irrupciones en el continente desde la malhadada jornada del Texel, y sobre todo desde la separación de los rusos de la coalición, sin embargo no se les podía entregar la vasta extensión de nuestras costas desde el Zuidersee hasta el golfo de Gascuña desamparada y sin defensa, estando por otra parte tan reciente la pacificación de la Vendée. Dejó, pues, el primer cónsul en Holanda una fuerza, la mitad francesa y la mitad holandesa, para custodiar aquel país tan importante y dió su mando á Augereau. Componíase de divisiones activas completas en armas y dispuestas á ponerse en marcha. Así que el resultado de las operaciones hiciese evidente que no había que temer irrupción ninguna, el cuerpo mandado por Augereau debía subir por el Rin arriba y proteger las espaldas de Moreau en Alemania. Entresacó el primer cónsul de los sesenta mil hombres reunidos desde las costas de Normandía hasta las de Bretaña y Poitou las medias brigadas más destrozadas por la guerra, y las destinó á la vigilancia del país insurreccionado. Cuidó de reducir más aún su fuerza efectiva, haciendo pasar á su ejército activo todos los soldados útiles, por cuyo motivo los habilitó para admitir un número mayor de reclutas á cuya instrucción habían de dedicarse al mismo tiempo que guarnecían las costas. Las distribuyó en cinco pequeños campamentos con su artillería, su caballería y su infantería correspondientes, dispuestos á marchar á la primera orden y mandados por buenos oficiales. Había dos de estos campamentos en Bélgica, otro en Lieja y otro en Maestricht, destinados estos dos últimos á mantener tranquilas aquellas comarcas mal dispuestas por el clero y á ocurrir en caso necesario á la defensa de Holanda. Había otro en Lila dispuesto á caer sobre el Somme y la Normandía, otro en Saint-Lo y otro por fin en Rennes. Este último era el más numeroso y constaba de siete á ocho mil soldados; los otros eran de cuatro á cinco mil. Invertíanse en estos campamentos cerca de treinta mil hombres; el nuevo alistamiento iba á duplicar por lo menos su número. Cometíaseles al mismo tiempo la policía de los países recientemente conquistados, como la Bélgica, y la de los países pacificados nuevamente, como la Normandía, la Bretaña y el Poitou. Mandó el primer cónsul registrar los bosques donde pudiera haber armas ocultas; empezó á formar con el aliciente de un enganche ventajoso tres ó cuatro batallones compuestos de toda la gente de armas tomar que durante la guerra civil había adquirido hábitos belicosos, y proponíase mandarla á Egipto sin dejar traslucir su idea. Designó para todos los jefes residencias apartadas del teatro de dicha guerra, y endulzóles la amargura del destierro con pensiones muy suficientes para que disfrutasen un verdadero bienestar.

Tomadas estas disposiciones, quedaban además de los sesenta mil hombres reunidos para la pacificación del interior, cerca de treinta mil soldados excelentes, alistados en las medias brigadas que habían sufrido menos daño. Unos se hallaban de vuelta en París con-

cluidas las operaciones en la Normandía contra Mr. de Frotté; otros estaban en Bretaña y en la Vendée. Formó el primer cónsul con ellos tres divisiones de guerra completas, dos en la Bretaña, en Rennes y en Nantes, y la tercera en París. Debían estas divisiones completarse con toda premura, abastecerse del material de guerra que hubiesen á la mano y proporcionarse lo demás en el camino por los medios que vamos á referir. Dióseles orden de dirigirse hacia la frontera del Este midiendo á palmos la Francia según la expresión del primer cónsul, como midió el ejército de Italia el valle



Lecourbe

del Adige. Podía calcularse su llegada á Suiza hacia el mes de abril con toda seguridad.

Había otro recurso, que eran los depósitos del ejército de Egipto estacionados en el Mediodía de Francia, que no habían podido pasar de refresco á los cuerpos á que pertenecían por hallarse la mar ocupada por los ingleses. Haciendo ingresar en estos depósitos algunos reclutas, podían formarse otros catorce batallones en muy buen estado y muy aptos para la guerra; en vista de lo cual se dispuso hacerlos marchar hacia Lyon así que estuvieran completos. Podíase, pues, contar con una cuarta división excelente y capaz de prestar muy buenos servicios.

Lo más difícil y prolijo en la composición de un ejército es la organización de la artillería, y para llevar á cabo su idea de formar una reserva en el Este, tenía el primer cónsul en los depósitos de Ausonne, de Besanzón y de Brianzón medios suficientes para juntar con su personal y material correspondientes una fuerza de sesenta bocas de fuego. Dos oficiales de artillería muy entendidos y particularmente adictos á su persona,